



BEIRE, UNA HISTORIA ADMIRABLE

Ezequiel Seminario Garraus

Beire es una Villa navarra de unos trescientos cincuenta habitantes con una historia francamente admirable. Dista cuarenta y cinco kilómetros por carretera de Pamplona y, por decirlo de alguna manera, se encuentra situada geográficamente entre Olite, San Martín de Unx, Ujué y Pitillas. Quiero decir con esto, que Beire puede ser una encrucijada, si la hacemos punto de estancia y arranque para nuestras excursiones o peregrinaciones, por que de todo hay en su entorno. Tafalla, Artajona, la Valvorda con Olleta, Ujué, Olite, La Oliva, la laguna de Pitillas, etc...

Así ocurrió que en Beire, en sus piezas de Bescos, se encontraron indicios de un taller de sílex, que parece corresponden al calcolítico, además de haberse hallado allí unos petroglifos, a los que difícilmente se les puede atribuir una edad concreta. También en lugares cercanos a Beire se recogieron herramientas de cobre que, junto con otros testimonios, confirman la existencia de relaciones comerciales con otros pueblos. Turbil, así mismo en terrenos del pueblo, nos habla de un poblamiento de la edad de hierro y donde igualmente se localizaron unas ruinas romanas. Junto a la ermita de San Julián hay indicios otra vez de asentamientos humanos de la edad de hierro. Naturalmente estamos hablando de la llamada Hoya Grande de Olite, donde se hallan magníficos yacimientos prehistóricos, protohistóricos y romanos. Todos estos lugares de tan temprana implantación humana están situados en las dos riberas del río Cidacos, en las cercanías de torrenteras y barrancas, como lugares adecuados para el abastecimiento de agua y con grandes posibilidades para los cultivos.

Pero pasemos a la historia con nombres y apellidos. En su escudo Beire lleva una custodia entre dos palmas y en el borde las cadenas de Navarra, todo en oro, como cualquier escudo que se precie. Los beirejos, que así se les llama a los de Beire, mantienen

en su escudo la custodia y las palmas en recuerdo del beato Paulo Mendía, hijo de la Villa, que dicen fue martirizado en Zaragoza en tiempos de la dominación musulmana. Luego, según nos cuenta Don Rodrigo Ximénez de Rada, los de Beire, junto a los de Olite y Tafalla, fueron los primeros en romper las cadenas de Miramamolín en Las Navas. Habrá que decir que en justa venganza por la afrentosa muerte de su paisano. Aquí la explicación por las doradas cadenas de su escudo.

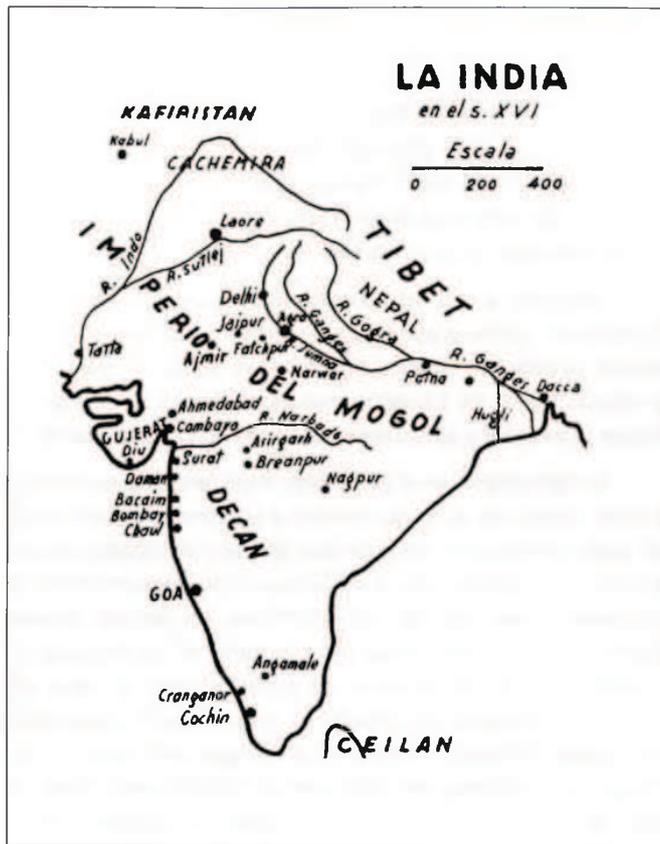
Beire tiene los edificios propios de cualquier pueblo. Su Casa Consistorial, su iglesia parroquial dedicada a San Millán y, naturalmente, su palacio o casa principal de entre las de sus habitantes. El palacio fue de los Ezpeleta, después pasó a ser colegio de los Padres Claretianos y actualmente está acomodado para albergue.

En este palacio, en el año 1.549, nació Jerónimo de Ezpeleta y Goñi, quien con el tiempo vendría a ser conocido como Javier de Beire. Jerónimo era nieto de Ana de Jaso y Azpilcueta, hermana mayor de Francisco de Javier. Había nacido tres años antes de la muerte de éste ante las costas de China, en Sancian. Nuestro hombre conoció familiarmente las historias de su tío-abuelo y suponemos que esto le movió de alguna manera a seguir sus pasos. Tras graduarse de Bachiller en Filosofía por la Universidad de Alcalá de Henares, ingresó en la Compañía de Jesús en una famosa leva de frailes efectuada por el Padre Ramírez, quien se llevó de calle hacia el convento a veintitrés estudiantes de la Complutense. De Alcalá de Henares pasó a Toledo, luego a Villarejo de Fuentes y al fin a Evora y Lisboa, encaminado ya hacia las Indias orientales. Un ocho de abril de 1.581 - cuarenta años antes un siete de abril había partido su tío-abuelo Francisco - embarcaba en el mismo puerto de Lisboa en la nave capitana San Lorenzo, junto al primer virrey de Felipe II, Francisco Mascareñas. Partían con destino a Goa, a donde llegaron el 26 de setiembre. Con él marchaban también los navarros Martín de Agorreta y Tomás de Ituren.

Jerónimo de Ezpeleta y Goñi es desde ahora Jerónimo de Javier y, pasado cierto tiempo, será solamente Javier. En Goa enfermó y nunca estaba bien. No obstante, en esta primera época traduce al castellano, en menos de mes y medio, la Historia de la Compañía de Jesús en las Indias Orientales, de Alejandro de Valignano. Empieza así su trayectoria de escritor, que es lo que por ahora más nos interesa. Aclaremos antes que en el banquete por la celebración de la consagración del nuevo obispo de Funay en Goa, hubo discursos en latín, italiano, portugués, castellano, vizcaíno, inglés, flamenco, chino, japonés, malabar, griego, hebreo, canarín, peruano y en tres o cuatro lenguas más. Ni qué decir tiene que los discursos en castellano y vizcaíno corrieron a cargo de Jerónimo de Javier. Por eso en algún informe llegado a Roma se dice de él que "es apasionado por su nación sensiblemente".

El cinco de mayo de 1.595 llega a Lahore, la capital del Mogol. En la mañana siguiente el Emperador Akbar le recibe. Aquel mismo día el monarca le aconseja el aprendizaje del persa, por que de esa manera no necesitará de intérprete para entenderse con él. Inmediatamente contrata con un mahometano las clases de persa y en un año de estudio intenso se hace con este idioma.

En cierta ocasión, Akbar, con quien ha iniciado la que después será una profunda amistad, que le llevará hasta su privanza,



le muestra su biblioteca. Se encuentra en ella una Teología Moral del Doctor Navarro, su pariente, Martín de Azpilcueta y Jaureguizar. También los Ejercicios Espirituales, de Ignacio de Loyola, y la Suma de Tomás de Aquino. Akbar es un monarca interesado por la cultura y por la instrucción de su pueblo. Ha fundado universidades y creado bibliotecas. Trata de conjuntar las culturas de sus súbditos, quienes, por ejemplo, usan el alfabeto pérsico-árabe con la gramática y el vocabulario hindús. Ha publicado un edicto de libertad religiosa y quizás para favorecer esta libertad, intenta introducir el culto al Sol con un sentido religioso panteísta. Mantiene contactos permanentes con los jesuitas, como Javier, y con los parsis, sacerdotes persas.

Javier de Beire se encuentra ante un mundo, en el aspecto religioso, de su interés, lleno de variantes, dividido en multitud de sectas y, por cierto, profundamente creyente. Los últimos en aparecer sobre la palestra de tantas creencias han sido los sikhs. Esta comunidad se articula en torno a Nanak - 1469-1538 -, contemporáneo de Lutero, y se extiende por el Punjab y sus zonas limítrofes. Su credo se funda en un Dios absoluto y en la fraternidad entre los hombres. Se visten de una forma especial y practican un régimen de vida muy particular. Esto complica su supervivencia y así resulta que en el siglo XVII se estructuran en una comunidad militarizada. De esta forma han llegado hasta nuestros días.

Este es el mundo a cambiar. Además de sus esfuerzos, de sus predicaciones, de su amistad con Akbar, con quien mantiene constantes controversias religiosas, compone en 1602 la Vida de Cristo en persa. Por aquellos días comenzaron a aparecer sucesivamente su docena, más o menos, de libros en este idioma. Probablemente debieron imprimirse en Goa, a donde los jesuitas llevaron la imprenta hacia el año 1563, como lo hicieron con China, Macao 1590, y Japón. Su tío Francisco en razón a la imprenta había dejado instrucciones diciendo: "Dénsese así mismo

a la prensa otros libros en japonés, aunque con tipos europeos, para evitar que los padres y hermanos se cansen y fatiguen copiando tantas cosas".

Los libros escritos en persa por Javier de Beire conocieron varias ediciones y se propagaron por toda la India. Algunas de sus obras, con la referencia, N.6879, se encuentran en el fondo Marsdem del British Museum. Será cuestión de acercarnos al citado museo para comprobar los pies de imprenta. Es curioso, por cierto, que numerosas impresiones de estos libros se realizaron por editores protestantes, aunque con abundantes correcciones. Tal fue La Vida de Cristo de De Diue, impresa en Leyden en 1638. De Dieu nos dice en la presentación de esta edición que "El P. Jerónimo Javier no escribió fielmente esta historia, porque saliendo de los términos del Evangelio, añadió otras muchas cosas peregrinas que o son inciertas, o falsas, u opuestas a la gloria de Dios y a la integridad de la Santa Doctrina Evangélica; es más, las cosas mismas que sacó de los Libros Santos del Evangelio, las contaminó de tal manera, que han venido a perder su pureza, eficacia y perfección. Por eso hemos puesto en la parte superior de cada página el título de la historia contaminada, para que nadie se llame a error". Curiosa edición.

Pero no terminaremos aquí con Javier. En 1604 escribía: "El año pasado enviamos a Roma otro libro de los evangelios en persio, cuya traducción es de más de trescientos años antes. Dios quiera que llegue a salvo". Este libro está actualmente en la biblioteca de la Universidad Gregoriana. Más tarde envió otra copia al Papa, esta vez para la Biblioteca Vaticana y decía que era "un libro del Santo Evangelio en persio que enviamos a V.P. para presentarlo a Su Santidad en nombre de los padres de esta misión, por que es el original y muy antiguo, que por lo menos pasa de trescientos años y por otra cuenta es muy probable pase de ochocientos". También en 1610 Felipe III recibe otro Evangelio en persa, que se conserva en la biblioteca de El Escorial. Este tiene una nota de Javier fechada en Lahore en diciembre de 1607, en la que indica haber pertenecido el libro a un sacerdote armenio. Enrique IV de Francia y III de Navarra, el de "París bien vale una misa", recibe igualmente el regalo del Evangelio en persa. Javier se lo manda y le escribe, entre otras cosas,; "Acertónos a venir acaso a las manos un libro antiguo de los Santos Evangelios en persio, y nos pareció que para la librería que V.M. hace sería a propósito un traslado de él, y así lo enviamos en protesta del reconocimiento y agradecimiento que le debemos".

Muchos se han ocupado de Javier de Beire. Su figura es imprescindible si hablamos de la penetración europea en el lejano oriente. En 1600, tras la destrucción de la Armada Invencible en 1588, en el reinado de Isabel I de Inglaterra, los ingleses fundan la Compañía de las Indias Orientales. Javier en muchas ocasiones tropezó y se opuso a más de un embajador inglés ante la corte de los mogoles. Ellos escriben en sus informes de esta manera sobre él: "No había noble en el Mogol que tuviera tan fácil acceso al monarca como Javier, un viejo jesuita que vive con el Rey y a quien éste ama mucho". Angel Campos ha publicado, editada por Príncipe de Viana, una biografía de "Jerónimo de Javier, Apóstol del Gran Mogol y Arzobispo electo de Cranganor en la India". Se han ocupado de él historiadores ingleses, alemanes, belgas y suizos. Javier de Beire o Jerónimo de Ezpeleta y Goñi, jesuita, amigo de Akbar y de su hijo Yahangir, escritor, viajero y

arzobispo, murió en Goa un 27 de junio de 1617; pero sigamos un poco más con Beire, un pueblo admirable.

José de Ezpeleta y Galdeano, descendiente de la familia de Javier de Beire, nació en el año de 1740 en Pamplona, o Barcelona o La Habana, pues de todo he leído y hasta oído. Fue el primer Conde de Ezpeleta de Beire y, al margen de otras consideraciones, fue también un digno descendiente de Jerónimo de Javier.

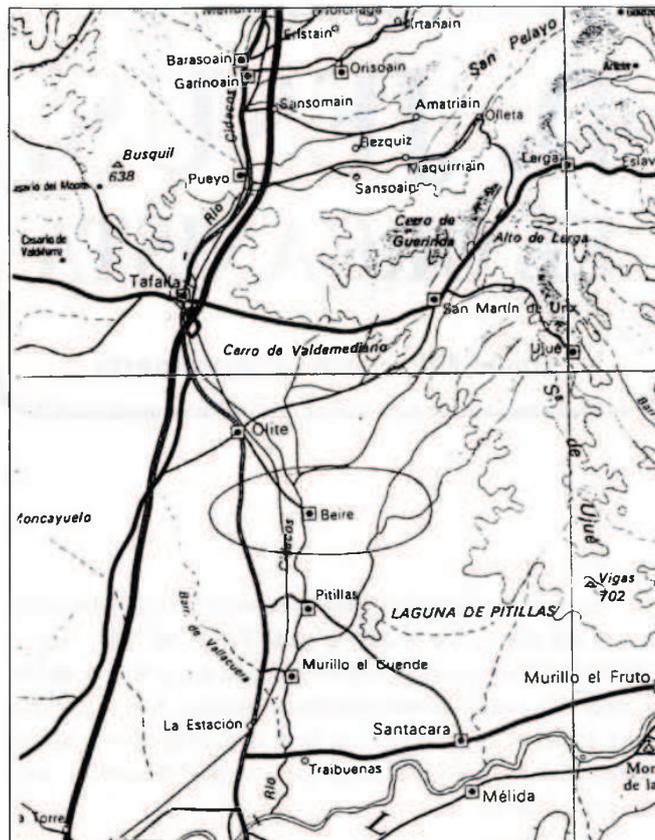
José de Ezpeleta, Virrey de Nueva Granada, fundó en 1791 el "Papel Periódico de la Ciudad de Santa Fe de Bogotá". Siguiendo sus inquietudes culturales introdujo el teatro en su virreinato, mejoró los fondos de la biblioteca pública de forma considerable y se interesó en la consolidación del Instituto Botánico de Santa Fe de Bogotá.

Allí estaba el sabio gaditano José Celestino Mutis, eminente naturalista. Humbolt, nuestro amigo Humbolt, le nombra Patriarca de los Botánicos, y Linneo en su honor llamó Mutisia a un género americano de plantas. Pues bien, José de Ezpeleta favoreció a Mutis y facilitó los fondos convenientes para la conclusión de la obra del botánico "Flora de Santa Fe de Bogotá o Nueva Granada". Ezpeleta tenía buen olfato para la cultura. Diremos además que con los mineralogistas Angel Díaz y Juan José D'Elhuyar, hermano de Fausto, se ocupó de perfeccionar el laboreo de las minas en su jurisdicción. Por cierto, los antecesores de los Ezpeleta y de los D'Elhuyar fueron lapurdinos.

Todavía hay más personajes conocidos nacidos en Beire. Hemos pasado de un Ezpeleta a otro Ezpeleta y Galdeano, y ahora iremos hasta un José Lázaro y Galdeano, más cercano a nosotros en el tiempo.

José Lázaro nació también en Beire un treinta de enero de 1862. Dejó a su muerte, en 1947, un importante legado artístico con el museo de su nombre, el "Lázaro Galdeano", en Madrid. Son treinta y siete salas para diversas colecciones asentadas en su residencia "Parque Florido". Pero casi todos, hasta los diccionarios que hablan de ciertos personajes, solamente nos citan el museo, olvidando al hombre. Creo que José Lázaro y Galdeano merece ser conocido también por encima de sus colecciones.

No obstante, vamos a relatar una pequeña historia en recuerdo de este hombre llamado José Lázaro Galdeano. Una de las obras más importantes del pintor flamenco Hugo Van der Goes, "La Adoración de los Magos", en su día, llegó al monasterio de Monforte de Lemos, en Galicia. El patrono de este monasterio era el Duque de Alba. En 1910 se necesitaron fondos para la fundación de una Escuela de Artes y Oficios para los obreros de Monforte y su comarca, por lo que se puso a la venta el famoso cuadro de Van der Goes. Se había pedido permiso al Duque para facultar la venta y el propio Duque trató con Romanones, entonces ministro de Instrucción, la compra del cuadro por parte del Estado. El ministro alegó que la compra era imposible, de manera que Hugo Van der Goes acabó con su obra en el Museo de Berlín. Los alemanes abonaron por el cuadro la suma de 1.180.000 pesetas, cantidad importantísima para aquellos tiempos. Lázaro Galdeano conocía, evidentemente, la enorme calidad de esta obra maestra y trató que la misma no saliera del país. Inició una campaña de artículos y conferencias sobre el tema y encabezó una suscripción popular con 5.000 pesetas, para recabar los fondos



necesarios a la compra del famoso cuadro. Dio también una fiesta en su residencia "Parque Florido", con lo que consiguió unos beneficios de 16.000 pesetas, cantidad que como vemos resultaba ridícula ante la abonada por los germanos. Así fue como Hugo Van der Goes se nos fue hasta el Museo de Berlín. (También hubo un Benito Goes ayudante y compañero de Javier de Beire).

Retomaremos en otra ocasión a José Lázaro y Galdeano como jurisperito y editor, y recordaremos a Victoriano Flamarique Biurrun, también beirejo. El cura Flamarique, su apellido nos suena a joterías, fue el fundador en Olite de la primera Caja Rural de este país. Se estrenó de cura como párroco interino en Mañeru, el pueblo de los buenos vinos, pero fue más tarde en Olite donde creó su primera Caja, como dejamos dicho. Yo recuerdo de niño los carteles que se leían en las paredes de los graneros de las Cajas Rurales. Decían: "Unos por otros y Dios por todos. Almacén de la Caja Rural Católica". Flamarique Biurrun fue el promotor de muchas organizaciones agraristas, a través de su Caja Rural. Su acción social en Navarra promovió diversas empresas cooperativas, de las que la más perdurable ha sido la Bodega Olitense. Pero éstos son otros cantares. De todas las maneras creo que un pueblo de trescientos cincuenta habitantes no puede dar más de sí. Beire, evidentemente, tiene una historia admirable.
